

# CON TRAJE DE MACHO

Gloria Lucía Sierra A.

*“Se puede tener, en lo más profundo del alma,  
un corazón cálido, y, sin embargo, puede que  
nadie acuda jamás a acogerse a él”*

*Vincent Van Gogh*

Cuando Felipe llegó a la institución<sup>1</sup> tenía apenas 12 años. Era delgado y vivaz, sus ojos brillaban ávidos de descubrir el nuevo territorio en el que apenas comenzaba su conquista. Se integró a su ámbito sin mayores dificultades, su actitud expectante parecía calcular dónde y cómo podría alojarse en este reciente hogar. El acercamiento a sus compañeros se producía tranquilo entre saludos y bienvenidas, cuando un instante de encuentro, inaugura el matiz particular que caracteriza esta historia...

Felipe descubre en uno de sus pares, al hermano del

---

<sup>1</sup> Corporación Ser Especial – Programa Nataraya

que se había separado años atrás. Un gesto sonriente acompañó la sorpresa, éste es mi hermanito, dijo, a lo cual le respondieron con comprensión, ¿ah sí? ¡qué bueno! Entonces podrán ser muy amigos. Era evidente, las palabras de Felipe no hallaron crédito; se pensó que más que una realidad, el asunto respondía a una fantasía provocada por la emotividad del momento. Pero los registros civiles de ambos muchachos confirmaron, no sólo el parentesco, sino la huella que marcaba a ambas historias, el abandono.

En su abrazo no había alegría, los ojos de cada uno relataban un destino que no lograba reponerse del dolor dejado atrás. Jaime ni le reconoció, repitió palabras calcadas que decían “éste es mi hermanito”, y devolvió su mirada a sus intereses de siempre. Y ahí estaban, los dos, con casi la misma edad, con una historia compartida al principio, y separada después. Cada uno recorrió distintas instituciones, cada uno respondió a su soledad de manera propia; Jaime pronunciaba palabras sueltas dirigidas a un enorme vacío, y reía. Felipe, sumiso, tranquilo y expectante, atesoraba en sus ojos un brillo ilegible y profundo.

Muy pronto ingresó a estudiar y fue promovido año a año con los niños de la región, como uno más. En el camino a la escuela los conductores de la región se reunían a lavar sus busetas. Felipe pasaba y se detenía a mirarlos; estaba seducido por el poder

contenido en esos hombres, que portaban orgullosos sus grandes vehículos.

Muy pronto se ofreció a ayudarlos y poco a poco el interés por la escuela fue desapareciendo. Las quejas de las maestras vinieron, Felipe ya no obedecía, llegaba tarde o no asistía a la escuela, argumentando que estaba muy ocupado con las busetas y que además él ya no era un niño. Una de las cosas que más llamaba la atención respecto a Felipe, era la reacción incontenible que presentaba, ante la imposición de una norma. A diferencia de los demás niños, Felipe se enceguecía, agredía y profería insultos, se escapaba a llorar sin consuelo; ¿qué pasaba? Se preguntan las maestras. Eso no es normal, terminaban afirmando.

En la institución se empezaba a evidenciar el mismo comportamiento. El joven sostenía que iba a trabajar como ayudante en las busetas, y que no se sometería a ningún horario, puesto que él era un hombre como los conductores. Esto además implicaba que se le debía servir la comida a la hora que llegara, después de departir con sus amigos en la cantina. Las obvias oposiciones a sus pedidos, agravaban el malestar del joven e incrementaban sus explosiones de enojo.

Por esos días una de las asistentes de la institución, cercana a Felipe, anunció su embarazo. Su maternidad tenía como condición una aparente ausencia del

padre, situación que convocó de inmediato el interés del joven y su posterior posicionamiento como papá del bebé que venía en camino.

Esta respuesta nos permitía ver otra versión de la masculinidad con la que Felipe se presentaba; pero quisiera hacer énfasis en esta última afirmación “se presentaba”. Me refiero a que tanto el ser ayudante en las busetas, como padre del bebé de la asistente, no eran más que presentaciones, fachadas si se quiere, que enmascaraban una profunda imposibilidad, que empezaba a descubrirse en la subjetividad del joven. Dicha imposibilidad, al no ser en ocasiones completamente sostenida por los “disfraces”, de estudiante primero, ayudante después, y padre finalmente; era la que producía el estallido en Felipe y sus consecuentes agresiones.

La dificultad de ser un hombre, se jugaba realmente en un escenario, del que el joven alardeaba menos.

Como todo adolescente Felipe probaba suerte con las chicas de la región. Su trabajo en la buseta le permitía ser todo un caballero, recibir sus paquetes, darles la mano al bajar, y despedirlas con un galanteo.

Ellas por su parte aceptaban con cierta reserva estas atenciones, pero no respondían al lugar en que las convocaba Felipe, para poder ser un hombre. Su estrategia fue fortalecida; entonces, decidió que era necesario darles regalos y para poder hacerlo empezó a robar.

La institución fue el principal blanco de esta última

iniciativa. Ante la preocupación general, se implementaron medidas tendientes casi todas a inscribir a Felipe en el orden de la ley, sirviéndonos de sus representantes, es decir, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y la Policía. A ellos acudíamos solicitándoles ser muy firmes con el joven y hacer un semblante de desaprobación que sancionara sus conductas.

Vinieron así nuevas invenciones provocadas por el trabajo clínico que dirigía su cura en pos de encontrar una manera en la que el joven a través de un lugar consistente pudiera estabilizarse.

Felipe empezó a criar animales y a ser un protector dedicado. De la misma forma procedía con unas niñas que vivían en otra vereda, a las que visitaba sin falta, como un padre abnegado. Pero todo caía cuando apenas empezaba a construirse; lo único que se sostenía era su insistencia de ser ayudante.

En vista de la consistencia que parecía tener ese lugar para la subjetividad del joven, decidimos dirigir todas las estrategias de intervención, a consolidar en Felipe el cargo de ayudante de las busetas.

Nos dirigimos entonces a uno de los conductores, el que mejor lo acogía, para explicarle la lógica del caso y el valor que tenía él, como hombre, en el proceso de identificación del muchacho.

José de esta manera, se convirtió no sólo en el jefe

de Felipe, sino que empezó a ser para él un referente de afecto, respeto y autoridad.

A través de José, que era permanentemente asesorado por el equipo interdisciplinario de la institución, Felipe fue ganando habilidades en su trabajo, e inscripción en la vereda, donde se le empezó a reconocer como un muchacho colaborador.

Así hizo muchos amigos, no sólo en las cercanías sino en otros poblados aledaños. Parecía desenvolverse muy bien, pero en ciertas circunstancias en las que el joven no lograba ponerse a la altura de las exigencias, sobrevenía la angustia y con ello la explosión de ira. José, el conductor, respondía con paciencia y lo aconsejaba como un padre lo haría con su hijo. Esa figura en ese contexto producía en Felipe una gran dosis de pacificación. Sin embargo el joven no lograba mantenerse tranquilo; en cada encuentro con una mujer en el plano amoroso, lo que experimentaba, le ponía de frente con una realidad insoportable.

Sus apuestas eran fallidas; en apariencia se las arreglaba bien socialmente, trabajaba, tenía amigos, parecía un muchacho normal...pero ¿contaba realmente con recursos para salir de la institución, conformar un hogar e integrarse a la comunidad como cualquier joven de su edad?

Los años habían pasado y cada uno de los intentos del muchacho por hacerse a un nombre, había fracasado. La lógica que podía observarse, mostraba

que Felipe cuando se encontraba con un obstáculo que desnudara sus límites, desistía para emprender otro intento. Así llevaba varios, cada uno abandonado prontamente. ¿Por qué sucedía esto?

Podríamos pensar que todos los seres humanos en alguna ocasión tenemos que enfrentar a ciertos fracasos. Ante ello nos deprimimos, protestamos, nos enfermamos, reflexionamos, pero de alguna manera terminamos registrando lo sucedido y reiniciando la marcha. Es decir, tramitamos el malestar, utilizando una gran variedad de recursos. Felipe parecía tener sólo uno, y éste no le permitía construir respuestas adecuadas, que favorecieran su vínculo y le permitieran hacerse a un lugar propio. Allí donde el joven se encontraba con un impase, venía la explosión de ira y el abandono del objetivo en el que estaba trabajando. De esta lógica, no se sustrajo su relación con José, el conductor con el que se empleaba. Después de robarle y ser sancionado por ello, el joven dejó su trabajo para buscar uno nuevo en otra buseta. Así se dio inicio a una serie de “contratos” y “despidos” que cada vez dejaban a Felipe con un sinsabor mayor.

Decidió entonces que iría a buscar a su familia, que quería su egreso de la institución y que él podía decidirlo solo, en su condición de mayor de edad. Anotaba además, que en cuanto ubicara su casa, vendría de inmediato por Jaime para llevárselo con él. Este último recurso al que Felipe acude, nos

muestra un recorrido que desde muy temprano se dirige a la construcción de un hogar por fuera de la institución. El joven desde su ingreso empezó a disponer los elementos necesarios para su posterior salida, y el dispositivo clínico lo acompañó en esa apuesta.

Felipe nunca se integró completamente a la cotidianidad institucional, siempre se opuso a las ofertas de integración escolar o laboral y se resistió con ello a reconocerse como parte de la población propia de la institución. “Yo no soy loco como ellos” afirmaba con vehemencia, “yo me voy de aquí y me llevo a mi hermanito”, respondía descompuesto por la ira y la impotencia que le producían la normatividad institucional. Y es que si se acogía a ella, de alguna manera aceptaba su condición de discapacitado; condición que de ninguna manera hacía eco a la imagen que él joven tenía de sí mismo. Por ello sus “**no**” eran reiterativos: **no** a la escuela, **no** a los talleres, **no** a la comida, **no** a las ofertas de atención profesional... En pocas palabras, **no** a la institución. Pero su **no**, era un **no** radical, un **no** sin dialéctica, un **no** irracional.

La pregunta que se devolvía en el proceso clínico era ¿y como iba a hacer él, con esa serie interminable de negativas? ¿si no era protegido por el Estado, si no estaba loco, cómo entonces se las iba a arreglar en la vida cuando egresara de la institución?



En este punto, era en el que el joven no lograba responder. Su **no** cerrado y radical, sólo recubría una imposibilidad subjetiva que le impedía asumirse como un hombre que desde lo sexual pudiera responder a una mujer y conquistar de ese modo, una verdadera posición masculina.

Felipe, para todos era un hombre, porque trabajaba como tal en las busetas. Tenía además una imagen pública, “era un muchacho colaborador”; pero en su condición de hombre, como ser sexuado, no podía acceder a una mujer. Allí donde intentaba acercarse a una chica, algo fallaba, no sabía cómo hacer, se quedaba en el gesto, no lograba conquistar el vínculo. Esto explica su ofrecimiento de ser padre para el hijo de la asistente embarazada. En ese escenario Felipe no tenía nada qué hacer, ya todo estaba hecho, a él sólo le correspondía representar un papel de padre, que lo eximía del encuentro sexual con la mujer.

Esta particularidad en el psiquismo del joven, nos señala el modo como este sujeto responde al encuentro con la realidad. De esta forma, determinada por ese punto borrado en el que a Felipe se le imposibilita asumir su masculinidad, es que se puede deducir un diagnóstico, el de psicosis.

Para que un psicótico se instale en el mundo, o más bien para que pueda hacer vínculo social, es necesario que se haga a un nombre, que supla la inconsistencia estructural que le es propia a la

psicosis. Esta inconsistencia es la que genera los desencadenamientos propios de la locura.

En ese registro era que se producían las explosiones de ira de Felipe. El lugar como ayudante de la buseta y el reconocimiento que había obtenido, no lograban cumplir completamente la falla que se develaba en el encuentro sexual. Es por ello que el joven tiene que acudir a una invención de mayor peso. Asistimos de este modo a una última presentación de Felipe, la del hombre macho.

Así es; el joven ya excluido prácticamente de sus trabajos en las busetas, empieza a pasar más tiempo en la institución y a construir allí, con la ayuda de la intervención clínica, un semblante que le permita hacerse a un verdadero nombre para construir su salida de la institución.

Este hombre de toscos modales, gruesas palabras y manotazos, exigía que en su condición, fuera atendido adecuadamente. Dormía hasta tarde y llegaba a cualquier hora. Seducía a las mujeres y se peleaba por su amor con otros hombres. Cada uno de estos detalles armaba un tejido cuidadoso con el que Felipe portaría su traje final de hombre. Con su indumentaria de “macho machote” empezó a exigir su egreso y a definir de manera concreta el viaje que le llevaría a un determinante encuentro, el de su familia.

Las condiciones legales se dieron gracias a la

<sup>2</sup> Corporación Ser Especial Programa Uno por Uno

intervención concertada entre el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y la institución<sup>2</sup>.

Felipe decía saber ubicar la casa de su madre en el municipio de Yarumal, sólo pedía que lo dejaran ir por fin, y que le dieran dinero para el transporte. Decidimos acompañarlo en su añorado retorno a casa. Un miembro de la institución partió con Felipe, su traje de macho, y una resolución de egreso, que se haría efectiva poco antes del anochecer.

Yarumal no era una población pequeña; se veía, al contrario, inmensa ante la urgencia de encontrar un hogar reducido por el olvido tras años de separación.

Felipe y Pablo, un voluntario de la Corporación, empezaron a recorrer una a una las calles. El joven hablaba de una iglesia cercana y de un colegio de niñas. Esos indicios no delimitaban un solo camino a seguir, eran varios los barrios que reunían ambas condiciones, ¿entonces por donde iniciar la búsqueda? Felipe señalaba una dirección y luego otra, las horas corrían y la tarde amenazaba con dar por terminado el objetivo. Pablo propuso pedir ayuda al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar; Felipe se puso furioso y entre lágrimas recordó que de niño había sido llevado por ellos a la institución y que por eso se había separado de su familia. Esta versión propia del joven, negaba el abandono de su madre y el padecimiento que como consecuencia

había vivido en las calles.

Algo inesperado sucedió, casi milagroso, afirmaba Pablo. Una mujer se acercó a Felipe y se ofreció a llevarlos al lugar donde habitaba la familia del joven. Fueron hasta un extremo del pueblo y tocaron la puerta de una humilde vivienda. Una mujer abrió, Felipe reconoció a su madre, pero ella dijo no reconocerle a él. Las lágrimas cubrieron el rostro del joven que veía desintegrarse la historia que había hilado con ilusión.

La mujer dijo sin embargo que si quería podía quedarse, oferta que no nació de su voluntad, sino de la presión que se produjo cuando los niños que salieron de su casa, señalaron en Felipe a su primo. Pablo le ofreció al joven retornar a la institución, pero él se negó diciéndole que quería quedarse allí, en su casa, con su familia.

Pasaron pocos días, para que descubriéramos, con tristeza, que Felipe había retornado a las cercanías de la institución.

Decía que sus hermanos muy pronto lo llevarían a trabajar a la costa en sus busetas y que además portaba una carta de ellos, que lo autorizaba para reclamar y llevarse con él a Jaime, su hermano menor. Nunca supimos qué paso en los días en que Felipe se quedó en casa de su madre, él no quiere hablar sobre eso. Para tal efecto ha creado una gran cantidad de historias variadas, con un denominador común: la madre siempre queda salvada de toda

responsabilidad. Lo opuesto, paradójicamente, ocurre con la institución.

Felipe no ha perdido nunca al contacto con nosotros, nos llama casi a diario a reclamar algo que le quedamos debiendo. Una foto, un certificado, una camisa, un documento, un juguete, una indemnización, incluso una oferta por si queremos que vuelva, eso sí, bajo sus condiciones.

Esta forma de vínculo tan particular como se observa, le ha permitido a Felipe sobrevivir en la vereda en torno a la institución. Habita y trabaja en distintos lugares y acude a las personas más representativas de la Corporación, para establecer con ellas un vínculo que le sirve de soporte y de referente.

Con nosotros, como puede observarse, se conduce en la lógica del hombre que ahora es. Sus llamadas son en ocasiones amables pero casi siempre impositivas. La institución fue convertida por él, en un deudor moroso y perenne, al que siempre podrá acudir exigiendo. De esta manera garantiza el vínculo en la forma en que él puede construirlo, es decir, respondiendo como un hombre rudo.